

La modernización nuclear y la OTAN

RAFAEL L. BARDAJI,

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

PARA disuadir y defenderse así de un ataque, uno debe disponer de unos medios militares considerados suficientes y debe mostrar una decisión y voluntad de usarlos llegado el caso, actitud que otorga credibilidad a la fuerza militar. Ahora, esos medios militares no sólo tienen que ser suficientes, sino también adecuados, lo que con el paso del tiempo sólo puede significar sustitución y modernización. Es más, la voluntad política de defenderse con todos los recursos al alcance de la mano, incluida la fuerza, se revalida con las sucesivas decisiones de mantener los arsenales a la orden del día en cuanto a generaciones tecnológicas se refiere.

En consecuencia, la Alianza Atlántica, una organización defensiva cuya política es la disuasión, se ha comprometido siempre consigo mis-

ma a garantizar unos niveles adecuados y suficientes de armas nucleares a fin de hacer creíble la disuasión. Pero no siempre ese compromiso ha sido fácil de lograr y de conservar, bástenos recordar las querellas acerca del despliegue de los *euromisiles* a comienzos de los 80. En este mes de mayo, el Grupo de Planes Nucleares y el Consejo del Atlántico Norte también tratarán de adoptar una decisión en firme sobre la modernización de los sistemas nucleares de corto alcance, un tema que ha sorprendido a todos por las divergencias de opiniones envueltas y por la sufrida y larga marcha hacia el consenso aliado, si es que ahora se llega a éste (véase la reflexión del número anterior de esta misma revista al respecto). La parálisis política atlántica frente a unos claros requerimientos de su estructura de fuerzas ha vuelto a

poner sobre el tapete la definición, una vez más, de un concepto global que exprese coherentemente las distintas piezas del mosaico disuasivo aliado, formulación estratégica que en el argot OTAN se denomina *comprehensive concept*.

Montebello revisitado

En realidad el tema de la modernización del arsenal nuclear aliado en Europa no es nuevo ni reciente, podría remontarse a la década de los 50, pero su fecha más inmediata se sitúa en octubre de 1983, con motivo de la reunión ministerial en Montebello (Canadá) del Grupo de Planes Nucleares de la OTAN. Allí se reafirmó el principio básico que ha guiado la historia de la Alianza, preservar la paz gracias al mantenimiento de unas fuerzas, al nivel



Los principales mandos de la OTAN han manifestado claramente que pueden mantener la estrategia de disuasión sin los INF.



El limitado alcance de los Lance implica una urgencia en decidir su uso en caso de guerra, así como la inevitabilidad de tener que dispararlos sobre suelo occidental.

más bajo posible, capaces de disuadir al Pacto de Varsovia. Se recordaba que, en consecuencia, la OTAN había adoptado la doble decisión de 1979, tema candente en esos momentos de los primeros despliegues. Pero también se añadía que de acuerdo con los análisis y estudios realizados, la introducción de los Pershing II y los Crucero permitiría la retirada unilateral en un plazo de 4-6 años de 1.400 cabezas nucleares que se sumarían a las 1.000 ya eliminadas desde 1979. No obstante, el comunicado final del GPN detallaba cuidadosamente que "el desarrollo detallado de tal decisión, en lo referente a la exacta composición del arsenal a retener, concierne a las autoridades militares responsables, para lo que se deberá preparar y desarrollar un programa dentro de los 5-6 años siguientes. En ese contexto, se dará la consideración apropiada a los sistemas de corto alcance". Y el comunicado añadía: "Se reconoce que para que este mínimo nivel de sistemas contribuya de la manera más efectiva a la disuasión, tanto las plataformas (delivery systems) como las cabezas de combate deben ser *survivable, responsive and effective*." Esto es,

mantener unos sistemas relativamente invulnerables, flexibles y adecuados según la amenaza a la que se enfrentarían, y eficaces.

El GPN recibiría en su reunión de Luxemburgo, en marzo de 1985, el estudio de SACEUR sobre las fuerzas nucleares y en su siguiente reunión, en Bruselas, en octubre de ese mismo año, seguiría reafirmando en el triple requisito puesto a los sistemas y a la estructura de fuerzas aliadas expresado dos años antes en Montebello.

¿Cuál es el problema ahora, en 1989? En primer lugar, el desbarajuste introducido con la eliminación de los euromisiles. En segundo lugar, las presiones emergentes de las novedosas conversaciones para la reducción de fuerzas convencionales en Europa inauguradas a comienzos de marzo de este año. En tercer lugar la inadecuación de los sistemas actuales de corto alcance para cumplir sus misiones allá por el año 1992, el límite de su vida operativa. Por último, las reticencias políticas para sustituir y modernizar dichos elementos nucleares.

A comienzos de la próxima década, la Alianza dispondrá en Europa de tres sistemas alternativos para

lanzar una cabeza nuclear: los aviones de doble capacidad, los misiles tierra-tierra de corto alcance (Lance), y la artillería de doble capacidad. El número de cabezas rondará a las 4 mil (unas 1.600-1.700 como bombas de aviación, unas 600 para los Lance y unas 1.500 como obuses nucleares).

Uno de los problemas deriva de un posible acuerdo sobre fuerzas convencionales (que incluye las de doble capacidad): habrá menos aviones y menos artillería para cumplir las mismas misiones nucleares y convencionales. Lo que no puede sino significar una reducción de unas y otras. Pero el más grave se refiere sin duda al alcance limitado de los sistemas basados en tierra, los Lance, inferior a los 100 km. Este corto alcance implica una urgencia en decidir su uso en caso de guerra, así como la inevitabilidad de tener que dispararse sobre suelo occidental, algo que, lógicamente, disgusta a los alemanes. Por otra parte, el hecho de que la toma de decisiones en lo referente al empleo de las armas nucleares pase exclusivamente por el presidente norteamericano tampoco mejora el entendimiento atlántico.

Soluciones para mantener la disuasión al nivel mínimo necesario sin causar mayores daños políticos a la Alianza se han multiplicado en las últimas semanas, dada la firme negativa germana a adoptar una decisión sobre el cuándo y el cómo de la modernización de los sistemas tácticos. Todas apuntan a los elementos más políticos, desde ofrecer a los europeos la llave del disparador nuclear a la construcción y explicación de una vez por todas del correcto equilibrio entre esfuerzos defensivos y reducciones de armas.

Pero mucho nos tememos que el famoso *concepto global* ni resulte tan global ni tan convincente como se espera, sencillamente porque el problema de la OTAN hoy no es técnico-militar, sino de expresión y comprensión, de sustancias y apoyo político y popular: ¿Quién puede proponer nuevos misiles si todo el mundo está por el desarme? Menos si no se es capaz de pintar nítidamente la necesidad de la defensa.

Por qué necesitamos todavía la OTAN

El 4 de abril de 1949, diez naciones europeas más EE.UU. y Canadá sellaban en Washington el nacimiento de la OTAN, organización a la que luego se sumarían Grecia, Turquía, la RFA y, finalmente, en 1982, nuestro propio país, España. En el origen del Tratado del Atlántico Norte se hallaban los temores occidentales ante el poderío militar de la URSS y su política de intimidación y expansión en Centroeuropa, en suma, eso que se llama la amenaza soviética.

En efecto, desde su nacimiento y durante sus cuatro décadas de vida, el mayor aglutinante de la Alianza ha sido precisamente la persistencia de esa amenaza de Moscú, porque, como para todas las alianzas defensivas, la OTAN para vivir necesita un enemigo. Hoy, en su 40 aniversario, sobre la OTAN pesan dudas e incertidumbres acerca de su futuro. Al fin y al cabo, dicen muchas voces, si con Gorbachov la Unión Soviética está en el camino de una profunda transformación que promete un cambio radical y positivo de su naturaleza militarista y agresiva, ¿para qué queremos la OTAN? ¿no sería mejor iniciar el desmantelamiento progresivo de los bloques?

Ante este razonamiento no im-

portan los números ni los desequilibrios existentes en armamento entre uno y otro lado. Ni informes como el recientemente hecho público por el actual SACEUR, el general Galvin, en el que se muestra cómo la URSS, incluso tras las declaraciones de su líder en la ONU prometiendo medidas unilaterales de desarme y recortes de sus presupuestos militares, ha seguido produciendo *mensualmente* suficientes tanques para dotar una división y suficiente artillería como para equipar cuatro regimientos. O, si se prefiere, un cazabombardero cada dos días y un submarino nuclear cada 37.

Los números parecen no decir nada porque la gente no cree en que esas armas lleguen a servir para algo. Si alguna vez hubo el miedo a una invasión soviética de Europa Occidental, se perdió hace ya tiempo, y hoy no existe. Y yo creo que con cierta razón.

Muy poquitos temen un ataque masivo, deliberado, lanzado por el Kremlin. Incluso en el seno de eso que se llama la "comunidad estratégica". Sin embargo no es posible deducir de ahí la falta de sentido de la defensa aliada. ¿Por qué? Porque muy bien puede que la URSS nunca haya tenido como objetivo principal una invasión de los aliados occidentales, pero, por su propio rol de gran nación, superpotencia o imperio, la URSS siempre ha estado interesada en anular las capacidades militares defensivas occidentales que le supusieron un impedimento en su libertad de acción. Ha buscado la parálisis y la inacción occidental ante su política. Y para ello tanto le valía una enorme acumulación de medios militares que compelieran y disuadieran a los miembros de la OTAN de no hacer mucho o nada, como un control de armamentos que restringiese las escasas opciones militares aliadas.

Las defensas de la OTAN, siempre escasas de recursos salvo la amenaza a la escalada nuclear y a la destrucción asegurada, no han estado ahí sólo para resistir e impedir una invasión de su territorio, sino para garantizar nuestra independencia y libertad. Para ser el amo de Europa, Moscú no necesita ocupar ningún territorio —salvo en último extremo— sino finlandizarlo. La defensa aliada simboliza el deseo y la voluntad de sus miembros de resistir incluso, llegado el caso, frente a la amenaza más brutal, la militar.

Se podrá decir que la futura URSS de Gorbachov, si triunfa la *perestroika* no será ya el "imperio del mal" ni la potencia revolucionaria de otrora. Y puede que llegue a ser cierto. Pero también lo será que continuará disfrutando de un status de superpotencia, gozando de una ventaja aplastante en lo militar sobre todos y cada uno de sus vecinos. Aquí los números hablan por sí mismos.

En el mundo moderno, cuyos actores principales son los Estados soberanos e independientes y cuya resolución de conflictos reside en última instancia en la fuerza relativa de cada uno, el orden internacional es un orden, sobre todo, frágil. Y aunque sólo fuese por ello, convendría ser prudente y no descuidar la guardia. Además, en la arena internacional, la racionalidad no siempre está a la orden del día, y lo que analistas, académicos y expertos ven claramente a favor o en contra de los intereses nacionales, no siempre es vislumbrado de la misma forma por los políticos y gobernantes. Asegurar que ninguna veleidad militar puede conducir a una fácil victoria tiene que seguir siendo, por fuerza, un objetivo a mantener. Y eso, para las democracias occidentales y europeas, sólo es posible a través de la cohesión y la solidaridad de la Alianza Atlántica.

Efectivamente, a los planificadores militares —como a quienes nos dedicamos a los análisis de defensa— cada día les es más difícil imaginar un escenario plausible en el que la URSS comience una invasión de Europa. Pero también es verdad que a esos mandos militares les es todavía más difícil encontrar los medios con los que contrarrestarla en la hipótesis de que se produjese. Ahora en Viena se han abierto las negociaciones sobre desarme convencional con el fin de hacer aún más impracticable esa hipótesis de un ataque sorpresa soviético. El único problema es que si la OTAN debe también reducir sus menguados efectivos, la defensa aliada también se vuelve más impracticable, si no imposible. Y si no somos capaces de garantizar, en teoría, una línea de defensa viable, llegaremos a no ser capaces de garantizar la independencia y la libertad de nuestras propias ideas. Todo bajo la sonrisa afable de Gorbachov. Ese sí que es el verdadero debate de los Lance. ■